

pensamientos a la sombra de los plátanos de Ateuas, orillas del Illiso; Kant meditó su sistema a lo largo de la Avenida de Koenisberg, bajo los altos tilos; Beethoven arrancó a la naturaleza, con amor entrañable, el secreto de su desbordante alegría en el dolor. Nos será frecuente, al pensar en ellos, representarnos como si estuviéramos en aquella actitud preferida.

El Espectador ha situado su centro cosmológico en el monasterio del Escorial. Algún día se dirá cuánto haya influido en su serenidad el contacto de la austera maravilla, que por su sola severidad y leyenda ha de conducir a la meditación. Nosotros no tenemos del tal monasterio sino confusas menciones, referencias a él. Sabemos algo que el mismo *Espectador* nos dice, ya del manto de espesura tendido a las plantas del edificio, modificando su carácter en sucesivas estaciones con el vario matiz del follaje «que es en invierno cobrizo, áureo en otoño y de un verde oscuro en estío», ya del curvo brazo que extiende hacia Madrid la sierra del Guadarrama, y que del Escorial se mira.

Sucedará, y será lo frecuente, que *El Espectador* fije muchas de sus meditaciones lejos del vetusto monasterio; pero nada importa: todos sus pensamientos participarán de la grandiosa austeridad del Escorial, «rigoroso imperio de la piedra y la geometría», en que nos dice haber asentado su alma.

EL HILO DE ARIADNA

LA meditación es, por excelencia, la forma abstracta del pensamiento. No sabríamos decir si es superior al tratado perfecto, que va estrechamente a su demostración; pero es lo cierto que para nosotros tiene singular atractivo. Su trayectoria no es la de la flecha, como en el tratado; casi pudiera decirse que no tiene trayectoria, sino que es un ir y venir por inesperados vericuetos, sorprendiendo formas y matices nuevos y tenues, en una perpetua agilidad del pensamiento. La lectura de un libro, el vuelo de unas aves, un hombre que pasa junto a nosotros, todo es susceptible de despertarnos múltiples e incoherentes ideas, que en un prodigio de inconsciencia van ligándose entre sí. Todas las perspectivas son capaces de interesarnos, y en toda cosa puede hallarse un amado secreto y de toda cosa puede venirnos una emoción pura.

El interés y el valor de toda vida no consisten sino en un cambio perenne de perspectivas. Para el hombre que medita, el simple hecho de la vida tiene singular interés. Se comprende, por eso, que no sea totalmente desinteresado en su meditación, aun siendo lo abstracto su feudo preferido. A noso-

tros nos gustarían meditaciones siempre resplandecientes, sin tintes opacos de utilitarias intenciones. Mas, ¿cómo exigir que nos desprendamos de la gran legión de nuestros sentimientos? Mejor que nuestras ideas, son ellos los que abren el camino a nuestras predilecciones. Toda idea que llega a despertar nuestro interés debe estar asociada a un sentimiento, aunque sea remota e imperceptiblemente, como si una invisible cadena fuera del corazón al cerebro, y no pudiera existir un pensamiento absolutamente desinteresado. Ya vaya hacia afuera y se dé, ya se recoja hacia adentro y anide en nosotros, todo sentimiento o toda idea participará de uno o de otro impulso; mas no podrá situarse en el justo límite

POR LAS VENTANAS

En mi prisión oscura
tengo ventanas,
abiertas a las luces
de la alborada.
Y aunque preso me encuentro
mi vista abarca
desde el mar, a la estrella
blanca y lejana...
Mi prisión tiene puertas,
pero cerradas.
¡El Silencio las guarda
con siete espadas!...
Carcelero Silencio,
por las ventanas
miro todo el Misterio,
que tú me guardas!

CARLOS LUIS SÁENZ.

Costa Rica, X.-26.-921.

(Envío del autor).

en que el mundo desaparece y comienza nuestro dominio espiritual.

Con todo, siendo lo abstracto lo que más se acerca al renunciamiento, y la meditación su forma adecuada, es obvio que en la meditación se llega al máximo desprendimiento, o que, por lo menos, se está lejos del interés inmediato, de la finalidad práctica. El pensamiento parte de una intuición cualquiera, se expande a todos los vientos, y adquiere una desmedida amplitud, abarcando en vuelo rauda; las cosas todas del cielo y de la tierra. Y al fin de ese vuelo magnífico, los infinitos pensamientos nos aparecen indisolublemente ligados, como si, al entrar en ellos, hubiéramos llevado el hilo de Ariadna entre los dedos.

LA FUENTE SOTERRADA

PARALELA al curso de nuestra vida, acaso sintamos que, oculta por la niebla de lo impenetrable, corre una segunda vida también nuestra, pero situada fuera de nosotros mismos. El hombre contemplativo, amante del supremo ocio clásico, con frecuencia remoja su pensamiento en aquella fuente de aguas impalpables, que cruza a dos pasos de él, y que, en la quietud de la

tarde se siente mover lentamente, con un leve temblor que sólo el espíritu percibe. Es el momento en que nuestra vida no nos pertenece, y los pensamientos se agigantan y adquieren una amplitud desmedida y universal. Hay un silencio imponente, un maravilloso silencio que se ve bajar del cielo, junto con el sol que descende. Y se descubre en cada cosa, en el bosque lejano, en la montaña augusta, en la menuda hierba y en el insecto que pasa, un alma peculiar e inaprehensible, tan escondida y profunda como la nuestra. Ninguna cosa tendría significado para nosotros, si en ella no sospecháramos la posibilidad de ser algo más de lo que parece. Y esta posibilidad se revela en ellas mismas, y se realiza en nosotros; de manera que las cosas tienen una existencia en sí, un valor relativo, y un sentido íntimo, diferente y superior, un valor trascendente por el que se enaltecen.

Vemos a lo lejos la selva. ¿Qué es la selva? Ninguna definición podrá sugerirnos su esencia de vaguedad misteriosa, de majestuosidad sombría: tendrá que ser absolutamente externa y, sobre todo, interesada. Sí, en cambio, reconcentramos nuestro espíritu en ella, crearemos percibir que llega hasta nosotros un húmedo latido de profundo misterio. A la distancia el bosque se siente por una impresión perfectamente definida; mas si quisiéramos penetrar en él, no podríamos apresar su cambiante y azulado espíritu. «El bosque está siempre un poco más allá de donde nosotros estamos». «De donde nosotros estamos acaba de marcharse y queda sólo su huella aún fresca». Bosque o montaña o insecto pueden representar, espiritualmente, simbólicas emanaciones que tienen significado en nuestro ser: hay una resonancia entre nuestro espíritu y los infinitos espíritus que pueblan nuestra vida paralela, fuera de nosotros. (Si el espíritu, por su naturaleza absolutamente sutil, sólo debe conocer lo similar, de las cosas únicamente percibirá su esencia trascendente). Ni aun a nuestra propia existencia debemos buscar sentido sino en las revelaciones de esa segunda vida, en la cual se elaboran nuestros mejores designios, adquieren realidad los recuerdos, y maduran nuestros pensamientos. Cuando recordamos, apoyada la cabeza en la mano, sentimos que el recuerdo nos invade, que viene a nosotros de afuera, como una nube azul, ligera y adormecedora. Un pensamiento olvidado, que ya suponíamos perdido irremisiblemente, se nos acerca, solícito, un buen día, sin intenciones y sin motivos.

He ahí cómo la meditación perfecciona el obtuso sentido, y por qué el ser sensible encuentra en ella el más puro goce. El espíritu se enaltece y